
LA REVOLUCIÓN DEL NEOLÍTICO

CARACTERÍSTICAS Y CRONOLOGÍA DEL NEOLÍTICO

El Neolítico es la última etapa de la Edad de Piedra que sigue al Mesolítico y antecede a la Edad de Bronce. También se conoce como Nueva Edad de Piedra o Edad de Piedra Pulida ya que cuando se le dio nombre esta época se caracterizaba por los novedosos hallazgos de herramientas de piedra pulida que lo distinguían de los periodos de la Edad de Piedra anteriores.

El periodo Neolítico es el contexto histórico cultural en el que tuvo lugar el desarrollo del arte neolítico. No se puede entender su arte sin conocer primero en qué consiste el periodo Neolítico, sus características y cronología.

Los rasgos distintivos y característicos de las sociedades del Neolítico con respecto a las del Paleolítico y Mesolítico son:

- Economía agricultora y ganadera. Tanto la agricultura como la ganadería se desarrollan en el Neolítico sustituyendo en buena medida a la economía de cazadores-recolectores anterior. Se refinan los conocimientos sobre agricultura y se domestican los primeros animales. El interés se centra ahora más en temas relacionados con la fertilidad y la tierra.
- Sedentarismo. Las temperaturas más templadas y el desarrollo de la economía agricultora y ganadera convierten ciertas zonas en habitables todo el año. Surgen los primeros asentamientos y las primeras construcciones arquitectónicas y monumentales.
- Jerarquización de la sociedad. Con la mejora de las condiciones de vida y el abandono de la vida nómada, las tribus aumentan su tamaño, lo que hace necesario una nueva organización social jerarquizada con la división del trabajo, la propiedad privada y las transacciones comerciales con el intercambio de productos.
- Innovaciones tecnológicas características como el pulimiento de la piedra, la alfarería o la producción de tejidos.
- Dado que en muchos lugares siguieron existiendo pueblos considerados todavía neolíticos o con desarrollo propio, es complicado delimitar con fechas el período de la revolución neolítica. Se barajan fechas que van desde el 10.000- 8.000 hasta el 6.000-2.000 a.C.

Lo que es seguro es que el origen del Neolítico coincide con el final del cambio climático durante el que subieron las temperaturas y se retiraron los glaciares del hemisferio norte. El estilo de vida nómada y cazador de los pueblos prehistóricos fue entonces sustituido por una economía de subsistencia basada en el cultivo de las plantas y la domesticación de los animales, lo que obligó a una forma de vida más sedentaria.

El final del Neolítico en cada región se determina por el descubrimiento y uso en esa región de la fundición de los metales y la fabricación de utensilios y herramientas de metal. El conocimiento de la fundición de metales y su empleo práctico marca el fin del Neolítico y el comienzo de la llamada Edad de los Metales, con el descubrimiento del bronce.

CONTINUIDAD Y EVOLUCIÓN DE LA CONCEPCIÓN RELIGIOSA

Muchos autores tratan el tema de la "religión" en la Edad de Piedra como un batiburrillo de formas de culto individuales, prácticas mágicas y objetos de adoración que no tienen nada que ver entre sí.

Sin embargo, hay que suponer que ha habido continuidad en la visión del mundo como un todo cósmico, asociada a una interpretación religiosa, para poder enfrentarse a las realidades de la vida. Esto requiere un marco general en el que ubicar las experiencias diarias que obligan a ir modificando las tradiciones antiguas adaptándolas a las nuevas realidades vitales. La pregunta es si la visión del mundo, la concepción religiosa y los ritos del Paleolítico continuaron en el Neolítico o si hay indicios de que se producen cambios.

El Paleolítico superior puso el énfasis en las pinturas rupestres que representan a los animales de forma naturalista. Este periodo se interrumpe en el Mesolítico (hacia el 10000) y ya no se reanuda de la misma forma. Lo único que tiene continuidad desde el Paleolítico hasta el Neolítico es el arte móvil de figurillas, esculturas y relieves: la representación y veneración de la mujer en figurillas, relieves o grabados, no por sí mismas, sino como expresión simbólica de la permanente regeneración de la vida.

La forma de estos iconos femeninos ha sufrido cambios durante el Neolítico en comparación con el Paleolítico superior. Ya no se trata de acentuar las partes del cuerpo que simbolizan la reproducción de la vida: los senos, el abdomen y la pelvis. A estos rasgos corporales se les añade ahora la parte superior del cuerpo de forma estilizada. Ahora las figurillas neolíticas muestran una clara tendencia a la abstracción, adquieren formas geométricas, que también aparecen en la decoración de la cerámica neolítica. Esto no significa solo un nuevo desarrollo estético, desde la representación ingenuamente realista del Paleolítico hasta el arte abstracto del Neolítico, sino que está motivado por una nueva visión del medio vital.

Las nuevas condiciones de vida de los sedentarios les permite ser más reflexivos y tomar distancia: su creación artística ya no depende de la

pura copia de la naturaleza. Ya se empieza a jugar con las formas, como la representación neolítica de la mujer como un recipiente.

La aparición de la agricultura hizo que la vinculación a la tierra se hiciese más fuerte y comenzaran a desarrollarse aspectos relacionados con la fertilidad, los ciclos vegetales o los fenómenos celestes.

Encontramos una nueva concepción de la mujer representada en numerosas figurillas que muestran a una mujer sentada en un trono. El ejemplo más famoso es la figurilla femenina de Çatal Hüyük, que muestra a una mujer que está dando a luz sentada en un sillón rodeada de leopardos. Aquí la mujer no solo muestra vitalidad y fertilidad, sino también connotaciones de poderío. Esto puede ser ya una muestra del nuevo sentido de poder de los campesinos neolíticos de la cultura megalítica, como indica el complejo de grandes asentamientos en Çatal Hüyük. El hombre del Neolítico ya no tiene una actitud pasiva solo frente a la naturaleza, sino que intenta observarla para darle forma sin romper la estrecha conexión con ella.

Prueba de esto es la orientación astronómica de las estructuras megalíticas, especialmente los círculos de piedra. Las observaciones del estado del sol se integran en las estructuras. Los fenómenos naturales, los solsticios de invierno y verano, se interpretan como un símbolo de la creencia en la regeneración del cosmos. Esta creencia tiene una nueva expresión en el culto. Tanto el símbolo de la mujer fértil como el nuevo símbolo del sol fertilizante indican que no se ha perdido la visión paleolítica del mundo como regeneración cíclica de la vida, pero ahora bajo formas de expresión completamente nuevas.

Por ejemplo, la relación con la muerte: Si en el Paleolítico ya los Neandertales y más tarde los hombres de Cro-Magnon enterraban a los muertos, era este un ritual para facilitarle a los muertos una nueva vida, pues la muerte no era vista solo como el final de la vida, sino como condición de su regeneración. Es poco probable, por tanto, que el entierro en la cultura megalítica fuera la expresión de un culto a los muertos.

La forma de el dolmen muestra una clara referencia al simbolismo de la cueva del Paleolítico superior: los muertos devueltos son devueltos al seno materno de la tierra madre para ser regenerados. No se trata, pues, de un culto a los muertos, sino de un culto a la vida. En enterrar a los muertos en la sala de estar en Çatal Hüyük y en otros lugares no es necesariamente la expresión de un culto a los muertos, sino que se establece la proximidad inmediata de los muertos con los vivos.

«Si tomamos la cultura megalítica en su conjunto con sus dólmenes y círculos de piedra, vemos que se trata de una arquitectura que implica una enorme cantidad de trabajo y energía y que no tiene otro propósito que el culto colectivo. Por otro lado, la concentración del culto en el tema de la muerte es evidente. Uno podría ver la cultura megalítica como una cultura nuevas posibilidades de vida, tal como la desarrolló el

Neolítico con el aumento de la fuerza productiva humana, pero que se vuelve virulenta en la experiencia de la muerte.

Un nuevo énfasis en el arte neolítico se puede constatar en el descubrimiento de la individualización humana. Los animales ya no son los objetos exclusivos de la representación simbolista, ahora se tematiza al ser humano, su imagen, su retrato. Al mismo tiempo, también hay una tendencia a institucionalizar el culto.

Esta tendencia se hace notar en Çatal Hüyük con la separación entre el ámbito de la vida cotidiana y los espacios dedicados al culto. Las dimensiones de los asentamientos hicieron necesaria esta separación. Aquí, la tesis de Clottes y Lewis-Williams del origen chamánico-extático de la religión ya no cuadra. Ya se empieza a notar un desarrollo, que luego culminará en las religiones de las altas culturas en Mesopotamia, Egipto y luego en las religiones monoteísta (el judaísmo, el cristianismo y el islam). La religión y el culto adquirieron entonces el primer rango social como elementos de poder constitutivo del Estado.

¿Qué se puede deducir de este inventario del simbolismo religioso del arte religioso de la Edad de Piedra? ¿Qué ha movido a las personas al culto y a los rituales? ¿Cómo surge la religión?

El hombre puede dar a las cosas su propia interpretación, puede crear su propio mundo. Los primeros humanos le quitaron poder a la muerte, que los amenazaba a diario, al descubrir la ley de la regeneración cíclica del cosmos. La religión más antigua fue, por lo tanto, un acto de interpretación elemental del mundo. Aún no había nada de moralidad y ética, nada de culpa y expiación, solo el sentimiento de sentirse integrado y cobijado dentro de un cosmos que prometía eterna regeneración.

No había ni dioses ni fantasmas ni demonios –esa es mi tesis. El poder que trascendía todo lo que abarcaba, los humanos, los animales, las plantas y las estrellas del cielo no era un ser individual: era el cosmos en el que y del que vivían. Incluso el hombre del período cultural más antiguo tenía algo así como la percepción y la experiencia de la trascendencia.» [Vierzig, 2009: 173 ss.]

FEMENINO <> MASCULINO EN LAS CULTURAS PRIMIGENIAS

Según el antropólogo vasco Julio Caro Baroja (1914–1995) en su obra *Las brujas y su mundo* (1961) la magia –como la religión en general– deriva de la "concepción primaria del mundo y de la existencia" que se caracteriza por una visión "dramática de la Naturaleza, en la que lo divino y demoníaco, el orden y el caos, el bien y el mal, se hallan en pugna constante y con una existencia ligada al hombre mismo".

El hombre primitivo –o mejor, primigenio– no considera la Naturaleza "en abstracto como algo impersonal, indiferente y articulado" sino que para él es "algo directo, emocional e inarticulado. Es un ser al que el hombre se

dirige como en segunda persona: no es «él» («el cielo», «la tierra»), es «tú»".

La consecuencia de esta visión "dramática" o "vital" de la Naturaleza fue "que en muchos pueblos de Europa y también de otros continentes, el cielo, el firmamento azul, el día iluminado, se asociaron a la noción de un principio superior, ordenador, masculino y paternal, a la idea de una divinidad suprema en suma" –como Zeus o Júpiter del panteón grecorromano–, y en el que el sol representaba ideas tales como "fuerza, belleza, vigor, la vida en suma.

«Por el contrario, la luna, la noche y la tierra se asocian con un principio femenino, con la muerte y con los infiernos. La luz de la luna, a diferencia de la del sol, es fría e indirecta, muerta; durante la noche la vida se paraliza y reina la muerte; la tierra es donde residen las almas de los difuntos que aparecen por la noche y debajo de ella viven los seres del inframundo, de los infiernos, pero además es la madre de todo –principio femenino– del mismo modo que el firmamento es el padre –principio masculino–, lo que ha dado lugar al culto a diosas madres "con carácter ctónico y con carácter lunar.» [Baroja, o. c., 28-34]

«Así la concepción primaria del mundo y de la existencia se articula en torno a dos sistemas: uno, el que forman el Cielo de un lado como elemento masculino, expresión de la paternidad, de la autoridad superior y el otro la Tierra como elemento femenino, expresión de la maternidad y de la fecundidad.

El otro sistema es el que constituye el Sol y el Día como Vida, como Fuerza, como Bien y la Luna y la Noche como Muerte y como Mal; como elemento femenino, asimismo, pero no tan fecundo como la Tierra. En estos dos sistemas quedan encuadrados no solo los fenómenos físicos, sino también los hechos morales, porque "solo un pensamiento analítico llega a separar al fin lo natural de lo moral de modo absoluto.» [Baroja, o. c., 37]

LA REVOLUCIÓN NEOLÍTICA

El paso de la forma de vida de los cazadores y recolectores a la adopción de la economía de producción (agricultura y ganadería) fue uno de los cambios más profundos en la historia de la humanidad. Podría describirse como una "revolución neolítica" porque, en comparación con las decenas de miles de años anteriores, se produjo un cambio explosivo en un tiempo relativamente corto. El Neolítico es, sin duda, una época cultural con un modo de vida completamente nuevo, tanto en lo económico como en lo social y religioso.

Una de las razones del trascendental cambio de vida fue obviamente el cambio climático. Desde 10000, la era glacial se detuvo, los glaciares se derritieron y las temperaturas se acercaron a nuestro clima actual. Esto cambió la vegetación. Donde solía haber sabanas y estepas, ahora había bosques caducifolios con avellanos, robles, tilos y olmos. Las hojas caídas

de los árboles en los densos bosques, al pudrirse con la humedad, creaban un terreno abonado para el cultivo. Sin embargo, debe haber sido particularmente grave que una buena parte de los animales de caza anteriores, que se habían adaptado al clima glacial (mamuts, rinocerontes lanudos, bisontes) se extinguieron. Por otra parte, los animales del bosque se multiplicaron.

La revolución neolítica, el paso de los cazadores y recolectores paleolíticos a los agricultores y domesticadores de ganado neolíticos, se extendió por todo el mundo. Punto de partida de este desarrollo fue el Oriente Próximo, en el área de la llamada "media luna fértil". Aquí comienza la transformación al campesinado ya en el décimo milenio. Desde aquí, el estilo de vida sedentario se extiende hacia el oeste a lo largo de la costa mediterránea (Turquía, Grecia, Italia, el sur de Francia, y hacia el noroeste (los Balcanes, a lo largo del Danubio hasta Europa del Este, al sur de Alemania y hacia la cuenca de París). Estas dos corrientes confluyen en Francia y en el territorio actual de Suiza. El norte de Europa, por otro lado, ofrece condiciones poco favorables para la agricultura, de ahí que la revolución neolítica tiene lugar relativamente tarde. Hasta aproximadamente 3000 a. C. este proceso se ha consumado en todas partes. El periodo más álgido de la revolución neolítica en Europa transcurre entre el 6000 y el 4000.

«Las condiciones sociales, que, por supuesto, solo podemos deducir de forma indirecta, han cambiado decisivamente en relación con el Mesolítico, especialmente en lo que respecta a la relación entre los hombres y las mujeres. Por ejemplo, se produce un cambio dramático en la esperanza de vida de mujeres y hombres. Si bien la esperanza de vida para los sexos fue casi la misma durante el mesolítico, el declive neolítico de las mujeres fue dramático. Las mujeres morían en el Neolítico una década antes que los hombres. Estos números son el resultado del análisis de los numerosos hallazgos de esqueletos. Como la esperanza de vida en general no era particularmente alta de todos modos, esto significaba que, por término medio, las mujeres morían a los treinta, mientras que los hombres alcanzaban los 40 años. Muchos niños perdían a sus madres a una edad muy temprana.

Dos circunstancias son probablemente la causa de esta evolución: por un lado, la población creció fuertemente debido a la nutrición sedentaria y más variada en el Neolítico. Esto significaba embarazos más cortos para las mujeres. En el Paleolítico, las mujeres amamantaban a sus bebés durante tres o cuatro años, lo que reducía su fertilidad durante la lactancia. Con la agricultura, se acortó la lactancia materna al alimentar con leche y papillas a los bebés, lo que redujo las pausas entre los embarazos.

Por otro lado, las mujeres tenían una carga de trabajo mucho mayor en el período neolítico. Esto se puede ver en el estado de los esqueletos femeninos. No sabemos en detalle cómo funcionaba la división del trabajo entre los sexos. La parte principal del suministro de la

agricultura y el ganado debe haber sido a expensas de la mujer, mientras que los hombres quedaron libres de las labores de caza, que todavía era un elemento esencial para la alimentación en el Mesolítico.

Para Brigitte Röder "las mujeres trabajaban, mientras los hombres representaban, hacían política y libraban guerras. Las mujeres hacían las labores menos apreciadas y más penosas, mientras que los hombres tenían a su cargo funciones más prestigiosas". Para esta autora, la igualdad de género del Paleolítico evolucionó hacia una desigualdad en el Neolítico; aquí tendría el actual dominio masculino su temprano origen.

La vida sedentaria llevó a un radical cambio social, pero también cultural. En el Paleolítico había un estilo de arte relativamente uniforme, en el Neolítico hay una clara tendencia hacia la diversidad, lo que se refleja sobre todo en una fuerte diferenciación regional. Frente a una cultura relativamente homogénea para todo el Paleolítico, se van formando en el Neolítico las culturas regionales.» [Vierzig, 2009: 97 ss.]

LA CERÁMICA

La cerámica cobra una gran importancia durante el Neolítico ya que los grupos sedentarios necesitan de mayor cantidad de recipientes para almacenar los alimentos. Aunque no presentan formas excesivamente complejas, son vasijas muy funcionales, con decoración geométrica a base de líneas, triángulos o círculos, que adoptan variadas tipologías y cuya técnica deriva de la cestería. Se realizan a mano, ya que el torno sólo se empezaría a utilizar en la época de los metales, y se dejan secar sin cocerlas en el horno.

Uno de los ejemplos más representativos y bellos lo encontramos en España, con la cerámica perteneciente a la llamada Cultura del Vaso Campaniforme (asociada al Calcolítico y al período inicial de la Edad del Bronce en Europa Occidental), que llegará a extenderse por el resto de Europa. También es muy representativa de este periodo la conocida como cerámica cardial, por estar decorada con dibujos realizados mediante la concha de un molusco llamado *cardium edule*.

Junto a la cerámica, en las sociedades sedentarias comienzan a destacar otras actividades hasta entonces desconocidas como la elaboración de tejidos y el pulimento de la piedra. Ésta última, haciendo uso de piedras más duras, permite la fabricación de herramientas mejores y más eficaces, como hachas y utensilios agrarios, y es de hecho este fenómeno el que da nombre al periodo neolítico (etimológicamente significa "piedra nueva").

FIGURILLAS FEMENINAS DEL PALEOLÍTICO AL NEOLÍTICO

La pintura se caracteriza por su esquematismo y por su marcado carácter simbólico. A diferencia de lo que sucedía con el arte parietal paleolítico, el

de esta etapa ya no suele representarse en el fondo de oscuras cavernas sino más cerca de la entrada de las cuevas o incluso fuera de ellas, al aire libre, como parte de la decoración de estructuras arquitectónicas o de esculturas.

Los colores usados siguen siendo los mismos, sin embargo, ahora la figura humana está más presente que antes, siempre representada de una manera muy esquemática y generalmente formando escenas que pueden ser de caza, domésticas, etc. y que en ocasiones incluyen símbolos solares, estrellas o elementos de la naturaleza, así como otros asociados al poder o a la fecundidad. Las representaciones de animales sufren también un proceso de abstracción, aunque, como siempre, la evolución no es la misma en todas las áreas.

En el arte móvil del Paleolítico sobre todas las representaciones humanas son casi exclusivamente representaciones femeninas. Existen como estatuillas, como grabados, como relieves de roca, ocasionalmente como pinturas. Los más antiguos se remontan a los primeros días del arte del Paleolítico superior, el Auriñaciense hacia año 30000. La imagen de la mujer es uno de los productos culturales más antiguos. En los más de 20000 años de arte paleolítico y en la amplia área de su distribución desde Francia a Austria y Bohemia a Siberia, la naturaleza de la presentación, el material utilizado y la forma de arte son bastante diferentes y, sin embargo, hay algunas características que se destacan como sólidas para mantener una tradición continua a lo largo del tiempo.

Especialmente en el Gravetiense aparece un tipo independiente de representaciones femeninas grabadas. Estas son las estatuillas de mujeres muy corpulentas, a las que se ha llamado de forma inapropiada "Venus" desde el primer hallazgo en Willendorf. La "Venus de Willendorf" es una de las figuras femeninas más antiguas de este tipo, que data del período comprendido entre el 30000 y el 28000 antes de Cristo. Dado que hay varias estatuillas femeninas de tipo similar procedentes de diferentes regiones, se puede hablar de un tipo con varias características en común.

Las figuras femeninas presentan a la mujer desnuda, con grandes pechos y nalgas, el cuerpo arqueado como una mujer embarazada, los brazos y las piernas acortados, la cabeza es una pelota sin rostro, a veces cubierta con una trenza. El triángulo púbico está resaltado. Sobre todo, la falta de una cara indica que este tipo de estatuilla femenina no es una representación individual de la mujer, sino que significa la mujer en general: la mujer como nutritiva y vivificante, como arquetipo de la vitalidad cósmica. Estas figuras femeninas del Paleolítico superior representan una tradición iconográfica que tenía claramente una función simbólica. La mujer era la principal representante del culto de la regeneración, la renovación del cosmos.

El gran número de figuras femeninas del período Neolítico ya no siguen este claro patrón tradicional del Paleolítico. Su iconografía es desigual, las formas son muy diferentes. Además, los atributos corporales, como los

pechos llenos, los triángulos púbicos resaltados ya no siguen un patrón fijo. Una cierta regularidad en la presentación solo se puede determinar dentro de las culturas regionales individuales. Esta pluralidad neolítica de todas las representaciones culturales está condicionada por el cambio radical en las condiciones de vida. Lo único que se repite en todas las culturas regionales del Neolítico es que se sigue representando exclusivamente a la mujer (las representaciones de animales son marginales).

La mayoría de las figuras femeninas proceden del Este, de Oriente, y luego se van extendiendo hacia el Oeste (Anatolia, Grecia, los Balcanes y la República Checa). Solo unas pocas figuras femeninas de la edad neolítica proceden de Europa occidental. Una característica llamativa de la nueva iconografía y de la estética de las figurillas neolíticas es la abstracción o estilización de las formas, a diferencia de la representación naturalista del Paleolítico.

El triángulo púbico, tan enfatizado en el Paleolítico superior, pierde relevancia. ¿Qué podemos deducir de este cambio de las formas? Los senos mucho más pequeños podrían ser una indicación del cambio en la forma de vida de las madres, quienes en el período neolítico ya no criaron a sus hijos durante años, sino que los alimentaron temprano con papillas y leche de los animales domesticados.

Lo que persiste es la amplia pelvis, las caderas abultadas como un signo de fertilidad. Se puede concluir que la mujer es también el símbolo predominante de la capacidad regenerativa en el período neolítico, pero desaparecen las características del simbolismo lunar, que se refieren al ciclo de renovación cósmica en el Paleolítico.

«Al final de la Era glacial, bosques densos cubrieron la tierra, y los grandes rebaños de caza migraron. Ahora tocaba cazar uros salvajes, jabalíes, ciervos y venados. Los cazadores no siguieron a las manadas de la tundra hacia el norte, más bien cambiaron su forma de vida. Los días de las cacerías en grupo habían terminado, los grupos diseminados que vivían en los bosques o las costas ricas en peces y en aves cazaban de forma más individual, y, al vivir mucho más aislados unos de otros que sus antepasados, uno puede suponer que también se desarrollando una territorialidad mucho mayor y, asociada a ella, una xenofobia. Por primera vez en la historia de la humanidad, aparecen escenas de guerra en las últimas pinturas rupestres del Mesolítico.

Al finalizar la época glacial, los rituales de regeneración de la manada migratoria también habían terminado, y si ocasionalmente algún habitante del Mesolítico –como en Lascaux– se adentraba en las profundidades de las cuevas, ya no era hacer pinturas o grabados. Sin embargo, parece que persistieron algunas concepciones fundamentales de la época de los cazadores paleolíticos, especialmente la de la Señora de los animales.

Mientras que los descendientes del Cro-Magnon de la época glacial en Europa siguieron aún siendo cazadores unos cuantos milenios, en el Oriente Próximo tuvo lugar una evolución. El cambio climático al final de la era glacial trajo, sobre todo, un aumento en la pluviosidad y, con ella, fueron apareciendo extensos pastos silvestres, las formas iniciales de trigo y cebada.

Probablemente ya durante el período Magdaleniense, los cazadores y recolectores fueron adoptando una forma más sedentaria de vida, debido a que la caza era cada vez más local. Y es cuando comenzaron a observar que los granos que caían en la tierra brotaban de nuevo y daban nuevas plantas, y es posible que vieran en este proceso algo parecido a la regeneración ritual de los animales después de haber depositado los huesos de los animales cazados en un lugar determinado.

Sin embargo, la caza era todavía una actividad importante entre los primeros agricultores, por lo que no es de extrañar que la primera diosa que encontramos en el Neolítico temprano en Anatolia (Turquía) sea la Gran Diosa de Çatak Hüyük, que representa dos actividades: la caza y el cultivo de plantas.

Obviamente, esta diosa es un desarrollo posterior de la Señora de los animales de la era glacial. La podemos ver en un canto rodado, excavado en la cueva de Öküzini, en el que están grabadas las representaciones parcialmente superpuestas de un bóvido y una Venus paleolítica con prominentes nalgas. Los recintos de culto de Çatak Hüyük probablemente eran representaciones de aquellas cuevas paleolíticas en las que se veneraba a la Madre de la vida o representaban su útero.» [Duerr, 1984: 97 ss.]

EL CULTO EN ÇATAL HÜYÜK

Çatal Hüyük, también conocido como Çatalhöyük, Çatal Höyük o Catal Hüyük (del turco çatal: 'tenedor', y höyük: 'túmulo'), es un antiguo asentamiento de los períodos Neolítico y Calcolítico, siendo el conjunto urbano más grande y mejor preservado de la época neolítica en el Oriente Próximo.

«La gran llanura de Conia, en la meseta anatólica (Turquía), con sus rebaños de uros y de otros animales, y sus extensas praderas herbáceas, constituyó un lugar ideal para la cría de ganado y las prácticas cinegéticas. A partir del VII milenio, sus habitantes aparecen totalmente organizados en núcleos pre-urbanos, que alcanzaron un próspero desarrollo en el VI milenio. Entre ellos cabe destacarse el asentamiento de Çatal-Hüyük, formado por viviendas y santuarios, cuyo interior muestra las huellas de los comienzos de la relación entre el toro y el mundo de los muertos. Los enterramientos, hallados en el subsuelo de los recintos sagrados, se acompañan de ajuares compuestos por figuritas de bovinos, heridos o mutilados, junto a las armas que usaron para su captura. Dagas

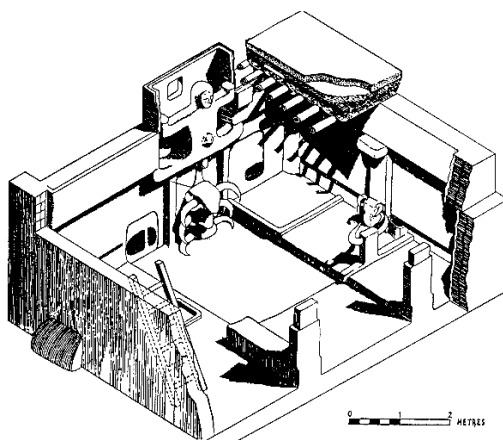
de pedernal, venablos de obsidiana, lanzas y hachas son las más comunes.

Los enseres de estos aposentos se reducen a cabezas taurinas de yeso, que emergen de la pared, y filas de cuernos y frontales naturales de toro, insertados en pilares de ladrillo o estrechos bancos de escayola. Probablemente fueron trofeos adquiridos en la caza ritual de este animal, actividad que se observa en una de las pinturas murales, pertenecientes a la capilla A.III. Aquí, un enorme toro rojo muge con brío, acosado por numerosos hombrecillos armados con mazas, arcos y flechas.

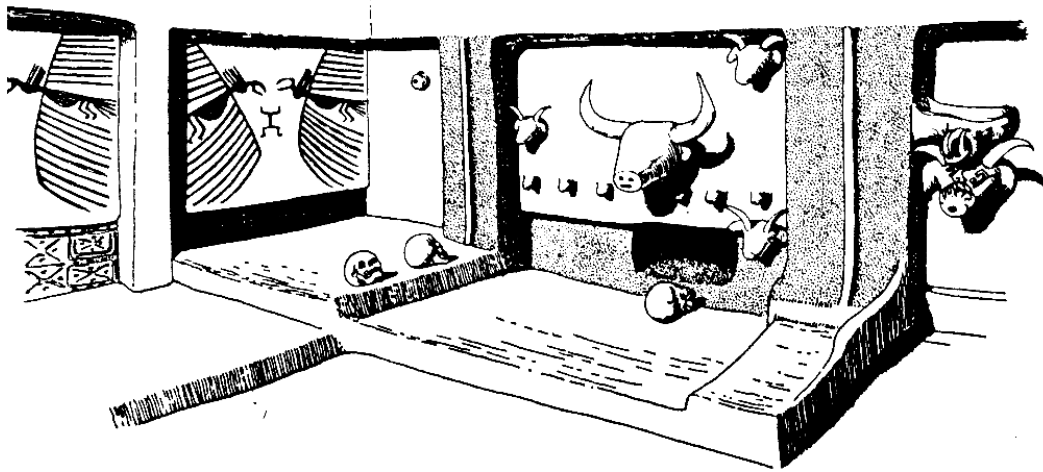
La representación de dos figuritas acéfalas, una entre las astas del animal y otra sobre la cerviz, podrían señalar la presencia de los antepasados, dotando a la escena de un matiz ritual enlazado con creencias funerarias. Hombres decapitados y cabezas humanas aparecen en diversas pinturas murales, mostrando el evidente simbolismo póstumo de esta zona corporal. El limitado número de sepulturas existentes y la temática decorativa de las salas inducen a pensar en celebraciones obituarias en honor de personajes o familias principales, basadas en la caza del toro bravo y en la posterior indigesta de su carne.

La convergencia del mundo lúdico y el funerario se pone de manifiesto en una de las pinturas con escenas continuas, que cubrieron la pared del santuario A.III del asentamiento.» [Cristina Delgado Linacero: "Simbología del sacrificio del toro en los rituales funerarios del Mediterráneo prehelénico", en García-Baquero González / Romero de Solís, 2003: 69 s.]

Los pobladores de Çatal Hüyük enterraban a sus muertos dentro del poblado: han sido encontrados restos humanos en hoyos debajo de los suelos de las estancias, especialmente bajo los fogones, las plataformas de las habitaciones principales y las camas. Los cuerpos eran plegados al máximo y, a menudo, introducidos en cestos o envueltos en esterillas rojas. Los huesos desarticulados de algunas tumbas sugieren que los cuerpos pudieron ser expuestos a los buitres al aire libre durante un tiempo, antes de ser recogidos y enterrados.



Santuario VI A 10 de Çatal Hüyük (Anatolia)



Segundo santuario de los buitres de Çatal Hüyük (Anatolia)



Reconstrucción de una habitación de Çatal Hüyük con las posiciones originales de los bucráneos (ornamento en forma de osamenta de un buey) y la figura humana en relieve. [Georges Jansoone (JoJan) - self-made; own photo]

En los muros de estos santuarios se encontraron frescos que mostraban escenas de caza, danzas rituales, hombres con penes erectos, representaciones en rojo de los ahora extintos uros (*Bos primigenius* o toro salvaje) y ciervos, así como buitres precipitándose sobre figuras descabezadas.

Los asentamientos, que se extendieron durante un período de alrededor de 1000 años, fueron construidos, según los análisis de radiocarbono, alrededor de 7000-6500 a. C. y se estima que estaban habitados por 7000 a 10000 personas en 1000 hogares.

Las pequeñas casas rectangulares están construidas siguiendo un plan uniforme de ladrillos de barro y vigas de madera pared con pared. Había algunos espacios libres, pero no había caminos entre las casas.

En el interior había lugares rectangulares para el fogón, a lo largo de las paredes había plataformas para sentarse y dormir, debajo de las cuales se enterraban los esqueletos de los muertos. Así que los vivos vivían junto con los muertos en una misma habitación. Alrededor de un tercio de todas las casas estaban decoradas con murales a gran escala, en su mayoría en colores rojo y negro, a veces con relieves de figuras humanas o animales talladas en yeso o grabadas.

También hay estatuas y los llamados bucráneos (adornos en relieve con forma de cráneo de buey) y cuernos de toros. Además de muchos murales decorativos con motivos geométricos que pueden imitar telas, hay escenas de caza y una pintura de paisaje.

«Se puede suponer que estas habitaciones decoradas eran viviendas con representaciones cáltico-simbólicas, sin tener rango de "santuario".» [Vierzig, 2009: 108]

Hay una teoría según la cual la extraña arquitectura de las habitaciones sin puertas y sin ventanas era, por así decirlo, una imitación de las cuevas que eran lugares de culto en el Paleolítico superior.

«Los recintos de culto de Çatak Hüyük probablemente eran representaciones de aquellas cuevas paleolíticas en las que se veneraba a la Madre de la vida o representaban su útero.» [Duerr, 1984: 114]

En los relieves de la pared aparecen incrustados cráneos de buitres, zorros y comadreja, así como cuernos bovinos y mandíbulas inferiores de animales. Incluso los senos femeninos fueron utilizados como motivo para los relieves. Las representaciones femeninas predominan: 33 esculturas femeninas frente a solo ocho masculinas.

El que el arte en las habitaciones de Çatal Hüyük tenga carácter de culto está fuera de toda duda. Pero, dado que Çatal Hüyük ha desarrollado una tradición iconográfica propia para la cual apenas existen modelos anteriores, es muy difícil aquí dar una interpretación concluyente de la religión neolítica.

Difícilmente se trata aquí de un culto a la diosa del cosmos que Mellaart creyó ver, y aun menos de una religión organizada con una casta sacerdotal que se ocupaba del culto a la diosa.

Los habitantes de estos asentamientos se habían rodeado de imágenes y símbolos de su propia cosmovisión.

Esta cosmovisión cultural-religiosa giraba en torno a las grandes cuestiones de la vida: el nacimiento, la muerte y el poder, que ya conocemos del Paleolítico Superior, pero las nuevas condiciones de vida de una sociedad campesina productora le dieron una nueva acentuación, aunque el énfasis en el simbolismo de la feminidad se ha mantenido.

La mujer sigue siendo el representante de la productividad de la vida. El culto sigue centrado en el tema de la vida, su preservación y renovación, la vida de los humanos, los animales y las plantas.

Esta vida lleva a la muerte, pero la muerte conduce a una nueva vida. En este sentido, la cultura de Çatal Hüyük sigue la tradición del Paleolítico.

FIGURAS FEMENINAS DEL NEOLÍTICO



"Diosa leopardo" de Çatal Hüyük (Anatolia) del 6000-5500 a. C.) – Archiwum Roweromaniaka wielkopolskiego No_B19-36



Estatuilla de Bulgaria del 6500

Las estatuillas que representan a una mujer sentada sobre un trono pertenecen obviamente a un tipo determinado y son similares a otras que se han encontrado en el lugar. El ejemplo más conocido es la mujer que está dando a luz sentada en un trono de leopardo en Çatal Höyük (Anatolia) alrededor de 7800. La figura, de apenas veinte centímetros de altura, se asocia a las llamadas "Venus paleolíticas", de las cuales la más famosa es la Venus de Willendorf. Encontrada dentro de un recipiente usado para almacenar el grano en la zona de habitaciones del asentamiento, indica que bien podría tratarse de una estatuilla dedicada al culto doméstico.

Esta mujer gruesa está sentada en un trono flanqueada por dos grandes felinos y está dando a luz a un niño, según la interpretación popular. Esta estatuilla de la "diosa leopardo", como se le llama, representa claramente el poder y la majestad de la mujer como creadora de la vida. En el marco del simbolismo de la regeneración, emerge aquí la mujer como poderosa,

aunque en realidad no le correspondiera ese papel a la mujer en la sociedad neolítica. Una actitud similar muestra una estatuilla de Bulgaria de aproximadamente 6500. La figura está más estilizada, el triángulo del regazo está resaltado y sobredimensionado, la postura de los brazos no es natural, la cabeza se compone de dos triángulos entrelazados con el puente de la nariz como una línea divisoria, los pechos son apenas reconocibles, las caderas son anchas y están sobredimensionadas en relación con la parte superior del cuerpo. Toda la figura está provista de caracteres grabados, que probablemente tengan un significado simbólico, pero que son indescifrables.

La abstracción de las figuras femeninas no significa una reducción de su carácter simbólico regenerativo, que es lo que tienen en común con las figuras femeninas neolíticas del Paleolítico superior, que generalmente no tienen caras reales. Mientras que las mujeres del Paleolítico superior, como la Venus de Willendorf o la mujer de Laussell, no tiene rostro alguno, las figuras femeninas neolíticas tienen una cara estilizada que a menudo se parece a la cabeza de un pájaro. Está claro que estas figuras femeninas no son personas identificables, ni humanas ni divinas, sino que son figuras simbólicas.

En la disputa sobre si estas figurillas un significado religioso o solamente profano, hoy está cada vez más aceptada la interpretación religiosa y el carácter simbólico de estas figuras. Con toda seguridad, estas figurillas neolíticas no representan seres divinos.

El arqueólogo húngaro Nandor Kalicz da en esta disputa una interpretación muy plausible:

“De acuerdo con las teorías más recientes, no hay pruebas para suponer que en el Neolítico ya existiera una religión canonizada real con dioses y diosas. Las ideas de ciertas deidades aún no se habían desarrollado. Por lo tanto, caemos en el error cuando queremos reconocer en las representaciones figuradas la imagen personificada de la deidad de la fertilidad. Aunque hay que destacar que la mayoría de las representaciones del arte figurativo neolítico representan algo que pertenece a la esfera de lo sagrado”.

De modo que solo cabe la conclusión de que estas figuras femeninas tenían el carácter de ídolos. No eran ni diosas ni objetos cotidianos, sino figuras de culto, para colocar o en casa o para llevar consigo, figurillas que recuerdan el culto de la regeneración cósmica.» [Vierzig, 2009: 108]

Durante 2004 y 2005 Ian Hodder y su equipo comenzaron a creer que el modelo propuesto por Mellaart de una cultura de signo matriarcal era falso. Habiendo encontrado solamente una figurilla similar al modelo de Diosa Madre que Mellaart propugnaba, entre la gran cantidad de ellas desenterradas, Hodder concluyó que el yacimiento no ofrecía suficientes indicios como para establecer si se trataba de una cultura matriarcal o patriarcal, sino que apuntaba más bien hacia una sociedad relativamente igualitaria.

El catedrático Lynn Meskell expone, en apoyo de esta teoría, que mientras en las excavaciones iniciales se encontraron sólo 200 estatuillas, los nuevos trabajos han desenterrado 2000, de las cuales muchas son de animales, siendo únicamente un 5 % de las figurillas de mujeres.

«También se han encontrado en Çatal Hüyük imágenes de un dios macho, en forma de joven, amante de la diosa o anciano dios con barba. La diosa está en muchas ocasiones representada pariendo. Las imágenes de dioses masculinos, infrecuentes en los estratos más antiguos del yacimiento, abundan en cambio en los más modernos. Tal vez no todas las efigies femeninas representen a una única diosa y las masculinas a un único dios. No tenemos razones para descartar, por ejemplo, que el dios joven amante de la diosa sea hijo del dios y la diosa con rasgos de ancianos.

Tal y como señala Maurice Vieyra, esto significaría que en aquel tiempo ya habría adoptado forma la triada primordial dios padre-dios hijo-diosa amante que tanto se repetiría en la historia de las religiones posterior. Abundan las representaciones de la diosa abrazando al dios joven y de la diosa pariendo». [Echánove, 2008: 59-60]

LA DIOSA LEOPARDO DE ÇATAL HÜYÜK Y EL MITO DE LA REGENERACIÓN CÓSMICA

En el recinto reconstruido mediante animación por ordenador, se ve que la figura femenina está sentada en un trono sobre un grupo de toros y da a luz a un animal. La misma figura de una mujer en posición de parto se encuentra como también en un relieve de otra habitación. Por lo tanto, se puede suponer que se trata de un modelo establecido.

«Para Mellaart y otros investigadores, la figura representa a una deidad madre, la madre original, que fue adorada ritualmente, y cuyo culto estaba a cargo de los sacerdotes. Esta tesis presupone una religión ya jerarquizada e institucionalizada con una casta sacerdotal en este asentamiento, lo que es improbable para aquella época.» [l. c.]

Pero si se practicaba algún rito en estas "cuevas artificiales", alguien tenía que ejercer la función de realizar el ritual, fuera un chamán o algo así como un "sacerdote o sacerdotisa".

«¿Quién era la diosa de la cueva artificial? La escultura más famosa la muestra sentada en un trono, flanqueada por dos leopardos o leones que encrespan sus colas alrededor de los hombros de la diosa. Sus brazos descansan sobre las cabezas de los animales y su pie descansa en lo que James Mellaart considera un cráneo humano. Según las interpretaciones habituales, la diosa da a luz a un niño, pero también puede ser un toro, ya que una gran cabeza de toro pintada de rojo emerge del abdomen de una diosa en el santuario VI B 7. Como más tarde en Creta, la cabra salvaje y el toro, así en Çatal Hüyük el carnero y el toro son intercambiables, porque en otro santuario, la diosa da a luz a un carnero.

Ya se trata de un becerro o un niño, la figura parece representar al hijo y amante, al Paredros de la diosa ('el que está sentado al lado'), al que volvemos a encontrar ya adulto en la escultura de un hombre barbudo sentado en toro o a caballo de él.

Obviamente, la Gran Diosa de Çatal Hüyük era la dueña de la muerte y la regeneración del hombre y de los animales, además de la vegetación, representada por el hijo-amante. Mellaart considera significativo que las grandes pinturas de toros hayan sido colocadas en las paredes del norte con vista a las Montañas Taurus. Evidentemente, el toro también era un animal ctónico en Çatal Hüyük: sale de la tierra, fuera de la cueva, y como hay muchos indicios de que las cuevas de los montes Tauro habrían sido consideradas, en otros tiempos, como la matriz de la diosa, el nacimiento del toro se representa de dos maneras: Por un lado, nace de la diosa como mujer y, por otro, aparece saliendo de la "madre tierra". [Ctónico: 'subterráneo', 'profundo', 'perteneciente a la tierra profunda', 'del inframundo'].

Está claro que la diosa de Çatal Hüyük, así como las diosas de Hacilar, eran diosas de las plantas, de los seres humanos y de los animales, madres primordiales que regeneraban la vida y garantizaban el eterno retorno de todo.

Se las podría equiparar a las venus de la era glacial, solo que las señoras neolíticas de la vida también eran las diosas del grano y que su papel como señoras no estaba tan acentuado como el de la madre de los animales de la era glacial.

En la cultura neolítica de Çatal Hüyük, los santuarios de las casas parecen haber sustituido las cuevas subterráneas como lugares de regeneración de la vida: en las paredes, la madre de la vida dominaba la escena, dispuesta a dar vida y, con la muerte, volver a recogerla en su seno para regenerarla.

Esta diosa era humana y animal al mismo tiempo, hembra buitre y leopardo. Y su paredros era, por un lado, un hombre, por otro, un uro, un carnero y un leopardo. Parece que este paredros encarnaba la vida eterna que surgía del útero de la diosa y que regresaba a él. Y es así como está representada la diosa de Çatal Hüyük, dando a luz a un toro.

¿Copolaba este hombre-toro con su madre para engendrarse a sí mismo, como era el caso entre los egipcios? ¿Es la madre divina de Çatal Hüyük la antecesora neolítica de la Pasífae cretense, que es fecundada por un toro para dar a luz al Minotauro, el "toro de Minos", lo que significa que el toro se genera eternamente a sí mismo dentro de su madre?

Lo que el toro (o leopardo) hiciera con su madre en la oscuridad, es muy probable que este acto fuera actualizado en un rito por sacerdotes y sacerdotisas en los santuarios de Çatal Hüyük. Se han encontrado en las rumbas de los hombres restos calcinados de casas y pieles,

probablemente de pieles de leopardo, junto con cintos y ojetes, y se puede suponer que los sacerdotes que encarnaban el paredros de la diosa vestían estas prendas de piel de leopardo.

Todo parece indicar que las ideas básicas de esta religión neolítica perduraron, tanto en la parte continental de Anatolia en la época prehitita e hitita como en la época minoica en la isla de Creta.» [Duerr, 1984: 99 ss.]

No hay que ir tan lejos como Roeder y otros autores que ponen en duda que estas estatuillas representen figuras femeninas. Lo que se puede afirmar es que estas figuras simbólicas femeninas, con su clara referencia a la natalidad, son una prueba de que la antigua tradición de la visión del mundo de la recuperación cíclica persiste en el Neolítico, aunque de forma diferente y más diluido.

Esto se explica por las nuevas condiciones de vida de los agricultores sedentarios, cuya principal preocupación es el crecimiento y multiplicación, no sólo de los hijos, sino también de los animales domésticos y de los cultivos. La fertilidad tiene en el Neolítico un valor diferente al que tenía entre los cazadores y recolectores del Paleolítico, de modo que el rito de la regeneración cósmica se orienta ahora a las necesidades inmediatas de los agricultores y ganaderos.

LOS ENTIERROS EN ÇATAL HÜYÜK

En los murales de Çatal Hüyük a menudo hay representaciones de buitres atacando a personas muertas sin cabeza. Probablemente se trate de una costumbre funeraria, extendida luego en Oriente, de dejar el cadáver a merced de los buitres, que lo comen la carne y dejan los esqueletos totalmente limpios, de modo que podías ser enterrados sin problemas en las casas debajo de las plataformas, después de haberlos envuelto en telas o pieles, junto con joyas, armas e, incluso, comida.

Esta costumbre de Çatal Hüyük de enterrar a los muertos en recintos habitables y compartir sus vidas con ellos es una prueba de que en el Neolítico la muerte adquiere una dimensión diferente. En la pintura rupestre del Paleolítico, la muerte era el requisito previo para la regeneración de la vida en el culto de la regeneración, representada simbólicamente en pintura negra o con una flecha negra. Pero la muerte nunca fue tematizada por sí misma, sino siempre en relación con la regeneración de la vida en el cosmos. Esta estrecha unión entre la vida y la muerte se expresaba en el Paleolítico de forma especial a través del simbolismo lunar que representaban los cuernos de los astados. En el Neolítico, en cambio, la muerte en sí adquiere un peso especial, tiene un valor propio.

La teoría de que los ritos funerarios de Çatal Hüyük son una prueba de la existencia de un culto a los antepasados es puramente especulativa. En una sociedad sedentaria la muerte es experimentada de forma más directa y personal debido a la creciente individualización.

LOS CUERNOS DE TORO

Nos sería más fácil interpretar el complicado simbolismo de Çatal Hüyük si supiéramos qué significan los numerosos cuernos de toro, los llamados bucranios, esculpidos o reales. Excepto en Çatal Hüyük, no aparecen en esta forma en el arte neolítico en ninguna parte. Recuerdan mucho a los cuernos de toro cretenses que encontramos más tarde en el palacio de Cnosos.

Nada hace indicar que tuvieran un carácter simbólico-lunar como en el Paleolítico. Algunos autores lo ven como muy improbable, y otros creen que estas astas de toro, así como los bucranios, eran una expresión de poder y fuerza, valores que en el Neolítico cobran una importancia especial, como muestra esa mujer voluminosa, sentada en el trono con grandes felinos.

Por otro lado, la concentración en este asentamiento tipo ciudad de aproximadamente 9000 habitantes es una expresión de poder. La nueva conciencia del poder se refleja claramente en la arquitectura neolítica posterior, en la cultura megalítica. La identificación con el poder de los grandes animales y de las fieras es muy común en el Neolítico.

«La nueva forma de vida productiva y de domesticación y crianza de animales dio un gran impulso a la autoestima y a la individualidad del hombre del Neolítico.

Para Mellaart, las cabezas del toro son, sobre todo, el reverso masculino del lado femenino de la diosa madre. Esto no puede descartarse por completo, ya que el énfasis en el poder a través de los nuevos roles de género en la cultura sedentaria está ciertamente relacionado con una ganancia de prestigio por parte de los hombres.» [Vierzig, 2009: 117]

LA CAZA Y LA DANZA

No aparecen escenas de la vida campesina en las pinturas neolíticas, como sería de esperar, sino episodios de caza.

En la reconstrucción de una habitación, que Mellaart califica como lugar de culto y santuario de caza, vemos a hombres cazando toros y ciervos, donde los animales, especialmente los toros, están pintados de manera desproporcionadamente grande.

Este tema pictórico, con una función simbólica, solo adquiere sentido si los habitantes de Çatal Hüyük practicaban también la caza además de la agricultura.

En otra escena se ven hombres y mujeres vestidos con pieles de leopardo e instrumentos musicales en sus manos. Se trata evidentemente de un baile ritual. Esto indica que se celebraban actos rituales y festivos en los que la identificación con leopardos, que aparecen en numerosos relieves, desempeñaba un papel central.

LA MUJER Y LOS ANIMALES

La relación con los animales siempre debe haber sido particularmente fuerte para la gente de la Edad de Piedra. Esto se ve más claramente en el arte del Paleolítico Superior, donde en las pinturas en las cuevas de culto encontramos cientos de animales pintados de forma naturalista. Parece que era a las mujeres a quienes se atribuía la capacidad de sacar a los animales renacidos de las cuevas y devolverlos a la vida.

Hans Peter Duerr (1984: 27) se refiere en este sentido a algunos grupos étnicos indígenas recientes, en los cuales las mujeres sacaban a los animales nacidos de las cuevas en la primavera. Por lo tanto, tenían el estatus de una "Señora de los animales". Lo común entre los animales y las mujeres, según Duerr, era la fertilidad.

Existía una fuerte identificación de las mujeres paleolíticas con los animales, como se manifiesta en una serie de artefactos móviles con escenas sexuales. Por ejemplo, en una placa de hueso de Isturitz, por un lado, una escena sexual de un hombre con una mujer y, por otro, de una hembra con un macho.

La revolución neolítica trae aparejado el surgimiento de las sociedades sedentarias. La agricultura y la domesticación de animales constituyeron la base de la existencia. Esto cambió la relación de los hombres con los animales. Los animales ya no eran cazados, sino que convivían con las personas y su manutención era probablemente responsabilidad de las mujeres. De esta manera, la relación con los animales se hizo más familiar. Ahora los animales ya no desaparecían con la entrada del invierno.

Por otro lado, la identificación con los animales ya no era tan fuerte como en el Paleolítico porque el hombre del Neolítico dominaba y domesticaba a los animales y no se sentía al mismo nivel que ellos. Hay algunos testimonios de cerámica ilustran esta nueva relación con los animales: los vasos zoomorfos. En la producción de cerámica neolítica hay una serie de los llamados vasos antropomórficos en los que se representaba el rostro o el cuerpo de una mujer.

El motivo de la serpiente en el simbolismo de la Edad de Piedra es antiguo. La serpiente que muda cada año la piel simboliza la regeneración. La relación de la mujer con los animales salvajes, como en el trono de leopardo de Çatal Hüyük, simboliza la nueva experiencia del poder de producir vida.

La relación de las mujeres con los animales en el Neolítico se adapta, por lo tanto, a las nuevas condiciones. Ya no son los grandes animales de caza los que aparecen en relación con la mujer, también falta el aspecto sexual entre las mujeres y los animales. Ahora son los pequeños animales de la vecindad inmediata de la sociedad campesina y ciertos animales salvajes a los que se les asigna el simbolismo.

LAS GRANDES CONSTRUCCIONES FUNERARIAS MEGALÍTICAS

Una manifestación característica del periodo neolítico es, sin duda, el fenómeno del megalitismo, construcciones realizadas con piedras de gran tamaño (el término procede de las palabras griegas *mega* 'grande' y *lithos*, 'piedra'). Son las primeras construcciones del hombre prehistórico que han llegado hasta nosotros gracias a que se protegían con capas de tierra y piedras formando túmulos.

Se pueden distinguir varios tipos de monumentos: los menhires o enormes piedras clavadas verticalmente, los dólmenes que son estructuras formadas por varios menhires rematados por otras grandes losas horizontales o los crómlech, círculos formados por varias de los elementos anteriores cuyo ejemplo más representativo es Stonehenge. Sin embargo, existen otras formas como alineamientos, taulas, navetas, etc.

Los edificios megalíticos son edificios sagrados, aunque está muy extendida la teoría según la cual los edificios megalíticos representaban fronteras o marcas de dominio. La mayoría de los edificios, como tumbas y círculos de piedra, no estaban destinadas al uso diario, sino que fueron concebidos y construidos para el culto religioso. Los campesinos neolíticos vivían en las proximidades de las grandes construcciones megalíticas, pero sus alojamientos no eran de piedra, por lo que no se han conservado.

Como la cueva había sido abandonada como un lugar de culto desde el final del Paleolítico superior, era necesario construir edificios de culto en la tierra, para lo cual se empleó un material de construcción imperecedero, las piedras. Ciertamente, esta nueva arquitectura sacra expresa una nueva actitud de la sociedad campesina neolítica ante la vida. La experiencia de no depender solo de la naturaleza, sino de poder asegurar la base de la vida a través de la propia iniciativa y acción, habría promovido la conciencia de las propias posibilidades, del propio poder. Estas enormes construcciones de piedra son su expresión.

«Los dólmenes son cuevas artificiales, construidas en la tierra. De esto se puede concluir que las tumbas megalíticas no eran solo tumbas, sino que había muchas más salas de culto, en las cuales se celebraban fiestas.

La mayoría de los muertos eran enterrados al lado de la casa debajo del fogón, pero también en enterramientos o en osarios. Por esa razón, durante mucho tiempo se pensó que los muertos enterrados en los dólmenes tenían un rango especial. Se habló de tumbas reales. Pero los agricultores del Neolítico, al menos en Europa, todavía no vivían en una sociedad jerárquicamente estructurada con reyes y príncipes, sino que tenían una forma de vida social más bien igualitaria. Los muertos, de los se encontraron esqueletos en los dólmenes, tenían una función representativa, que simbolizaba a todos los muertos.

En contra de la tesis del culto a los muertos, encontramos una serie de características en los dólmenes que parecen indicar un simbolismo femenino. Puede ser que los constructores de los megalitos hayan adoptado el simbolismo del culto a la cueva del Paleolítico Superior: la cueva como el seno materno de la tierra, la entrada como una vagina y las galerías interiores como útero. La misma idea quizás también ayudó a diseñar el dolmen. La entrada y la cámara eran el útero de la Madre Tierra, en la cual los muertos habían nacido de nuevo, de donde habían renacido una vez. La tumba como el cuerpo de la Madre Tierra. Los muertos aquí enterrados eran colocados en el útero de la Madre Tierra para su regeneración.» [Vierzig, 2009: 124 ss.]

El complejo de Stonehenge está diseñado para el solsticio de verano. Este lugar de culto tenía un simbolismo solar, que bien puede considerarse como una ampliación neolítica del simbolismo de la regeneración lunar. El hombre del paleolítico dependía de la luna como símbolo de regeneración de la vida en general, los agricultores paleolíticos dependían más del sol para la fertilidad de sus cultivos.

Con la experiencia del poder, la cultura megalítica del Neolítico introduce un nuevo acento en el simbolismo tradicional de la regeneración, como se expresa en la monumentalidad del nuevo material de construcción, las piedras gigantes. La experiencia de la producción de alimentos y los primeros pasos para el control de la naturaleza desencadenó una conciencia de poder. Esto se manifiesta tanto en el comienzo de la jerarquización de la sociedad neolítica como en el simbolismo (el toro está muy presente como símbolo de poder en Çatal Hüyük). Dado que la cultura megalítica solo se cultivó en regiones muy específicas, también podría ser una demostración de poder sobre las regiones vecinas.

En el Paleolítico Superior, el mito de la regeneración cósmica siempre ha estado vinculado a la muerte como un requisito previo para la renovación de la vida. Los dólmenes neolíticos también siguieron manteniendo esta conexión al enterrar a los muertos en las cámaras funerarias, devolviéndolos al seno de la tierra para su regeneración.

PÉRDIDA DE LA CALIDAD DE VIDA A PARTIR DEL NEOLÍTICO

El Neolítico fue la única verdadera revolución de la historia de la humanidad. Fue una época de cambio medioambiental y el periodo en el que la humanidad vivió su transformación más radical. Fue el período que empezó a crear más problemas que soluciones. Fue entonces cuando la humanidad comenzó a transformar el medio ambiente para adaptarlo a sus necesidades, y cuando la población de la tierra empezó a crecer exponencialmente.

El Neolítico es uno de los períodos más desconocidos por el gran público. Con la adopción de la ganadería y la agricultura se crearon las primeras ciudades, nació la aristocracia, la división de poderes, la guerra, la propiedad, la escritura, el crecimiento de población.

La agricultura y la ganadería han hecho un cambio duradero en el lugar reservado para la naturaleza. Desde entonces, la relación con los animales ha cambiado mucho. En el Neolítico es el hombre quien domina la naturaleza, al contrario de lo que pasaba en el Paleolítico. Inventa la agricultura y la ganadería, puede producir su alimento tanto como desea y domina la distribución de los recursos. Y, al mismo tiempo, se producen las primeras desigualdades sociales, surgen las élites. Es el principio de nuestro mundo histórico.

«La pertenencia a una comunidad, la propiedad de un espacio o rebaño cambiará completamente el comportamiento de la especie humana. Probablemente sea de este período que fecha las primeras "guerras". Desde el cazador-recolector paleolítico, el hombre se convirtió en granjero y criador, y para algunos, ¡un guerrero de tiempo completo!» [Jean Guilaine, 2015]

«Durante mucho tiempo existía la teoría que el Paleolítico había sido como un paraíso pacífico y que fue en el Neolítico cuando surgió la violencia, con la capitalización y la creación de riqueza. Algunos investigadores pudimos demostrar que esta hipótesis estaba influenciada por creencias filosófico-religiosas y que en el Paleolítico también se dieron conflictos entre individuos y poblaciones. De hecho, la violencia no es constitutiva de una sociedad concreta, es consustancial a la especie humana cuando las condiciones la propician» [Jean Guilaine]

«En lugar de anunciar una nueva era de vida fácil, la revolución agrícola dejó a los agricultores con una vida por lo general más difícil y menos satisfactoria que la de los cazadores-recolectores. Podemos decir sin problemas que vivíamos mejor como cazadores-recolectores. Hemos estudiado cuerpos de zonas donde se estaba introduciendo el Neolítico y encontramos signos de estrés nutricional en agricultores que no hallamos en cazadores-recolectores. Es incluso peor en las mujeres, donde hemos identificado una clara falta de hierro.

La dieta anterior era sin duda más nutritiva. También encontramos muchas enfermedades que no existían hasta que los humanos vivieron más concentrados y con los animales. Además, siempre que se han producido asentamientos de poblaciones han estallado guerras». [Yuval Noah Harari]

El gran cambio que algunos antropólogos detectan en el paso del Paleolítico al Neolítico es la actitud ante la vida terrena, el aprecio a la vida y la alegría de vivir. Este sería el cambio cualitativo y no tanto el paso de un presunto "matriarcado" al patriarcado o el aumento de la violencia y las guerras, algo inherente a crecimiento de las poblaciones y a la precaria situación económica.

Para James C. Scott «la versión que contamos en los colegios del Neolítico, de que aprendimos a domesticar las plantas y entonces creamos las ciudades y se acabó el hambre es falsa».

«El crecimiento demográfico constante, que se encuentra todavía fuera de control, provocó concentraciones humanas, tensiones sociales, guerras, crecientes desigualdades». [Jean-Paul Demoule, 2017]

El antropólogo Jean Guilaine ve en el Neolítico un mensaje claro: un entorno natural bien regulado puede alimentar un gran número de bocas, «pero este mensaje sublime ha sido también pervertido por el hombre, ávido de dominar a sus semejantes: explotación irracional del medio, acumulación de semillas, desigualdades sociales, espíritu de supremacía sobre los más débiles. La esperanza de una sociedad en armonía con la nueva economía fracasó por el rechazo a compartir».

«Después del final de la era glacial, la mayoría de las sociedades de cazadores y recolectores se vieron obligadas a abandonar su modo de vida tradicional y a cultivar y criar animales, especialmente como resultado del crecimiento de la población. Aunque los rituales centrales eran ceremonias de regeneración, ya no se referían al regreso de la manada de animales que habían desaparecido en el invierno, sino principalmente al crecimiento de los cultivos destinados a la alimentación. Por supuesto, el trabajo se había vuelto más arduo, monótono y, sobre todo, más prolongado y el potencial de conflicto entre las sociedades y dentro de la sociedad había crecido enormemente.

En otras palabras, aunque la civilización realizó, desde la "revolución neolítica", constantes progresos, la "calidad de vida" dio un bajón, y la conciencia de que la vida era esencialmente penosa y dolorosa, condujo, en el primer milenio antes de Cristo, al desarrollo de visiones del mundo, que más tarde Nietzsche calificaría como el "mayor atentado a la vida que se había realizado nunca".

Por un lado, las "ideologías de la trascendencia" que valoran más una vida futura en un más allá por encima de la vida real y actual, y, por otro lado, las "ideologías escapistas" que le niegan valor a la vida o la devalúan.

Mientras, como es sabido, las "ideologías de la trascendencia" se fueron convirtiendo más tarde en la ideología oficial de la civilización, que logró someter a la tierra, la "ideología escapista" se convirtió en la religión dominante en gran parte de Asia, acompañando a menudo en Occidente la doctrina del "más allá" como una corriente mística subterránea.» [Duerr, 1984: 11-12]

EL SÍMBOLO DEL TORO EN EL NEOLÍTICO

La forma de vida arcaica que había durado miles de años, se empieza a transformar gradualmente en el Neolítico. Pero no se pierde la visión básica del mundo. El universo se sigue percibiendo como totalidad viva, orgánica, en la que el grupo humano y toda la tierra participa.

La "Señora de los animales" del Neolítico preside la vida, la muerte y la regeneración, tanto de todas las plantas, como de los animales y de los

seres humanos. Sigue la creencia en el orden que gobierna las fases lunares, los ciclos de la vida humana y animal.

La luna sigue siendo la imagen primordial que simboliza el nacimiento, crecimiento, vida, muerte, putrefacción y regeneración de la vida. De la semilla crece la flor, la flor se hace fruta, la fruta se pudre, se hunde en la tierra y de las profundidades de la tierra surge la nueva vida. Para la mentalidad arcaica la regeneración era el núcleo de la vida. El proceso de nacimiento, vida, muerte y regeneración está gobernado por cierto ritmo de desarrollo.

El binomio diosa madre y el toro es un símbolo atestiguado en todo el Oriente Próximo, en las costas adriáticas, en Creta, Chipre, Malta y Macedonia desde del sexto al primer milenio. Los símbolos y los ideogramas prueban la existencia de rituales.

El símbolo de la mujer y el toro preceden al descubrimiento de la agricultura en el Neolítico. En el Paleolítico, el toro como representación del mundo vegetal, era símbolo del proceso de vida-muerte que es la base de la regeneración de la vida. El toro siempre conservó esta relación con la muerte como una fase necesaria de la regeneración de la vida. Con el descubrimiento de la agricultura, la regeneración de la vida se concentra en la semilla que hay que enterrar para que vuelva a germinar y en la importancia del poder genesiaco de los machos para la reproducción de los animales. El toro, como símbolo lunar, por el parecido de su cornamenta con las fases lunares, comenzó a ser asociado con el mundo solar. Para las sociedades agrícolas del Neolítico, la función fecundadora del sol y la fuerza genesiaca del toro eran la garantía de la regeneración de la vida.

«El conjunto cielo lluvioso-toro-gran diosa constituía uno de los elementos de unidad de todas las religiones protohistóricas del área euroafroasiática. Indudablemente, aquí se acentúa la función genésico-agraria del dios taumomorfo de la atmósfera. Lo que ante todo se venera en Mind, Ba'al, Hadad, Teshup y otros dioses taurinos del rayo, esposos de la gran diosa, no es su carácter celeste, sino sus posibilidades fecundadoras. Su sacralidad deriva de la hierogamia con la madre agraria. Su estructura celeste se valora por su función genésica. El cielo es, ante todo, la región donde "muge" el trueno, donde se forman las nubes y se decide la fertilidad de los campos, es decir, la región que asegura la continuidad de la vida sobre la tierra.» [Eliade, Mircea: *Tratado de Historia de las Religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado*. Madrid, 1981, p. 110]
